

hijos, y no dejan tampoco ni sus adornos, ni sus armas, ni aun víveres.

Todo esto quiere decir que se proyecta una traición.

Mientras recibía estas alarmantes noticias Hernan Cortés, en el templo mayor de la ciudad se ejecutaba una ceremonia horrible.

Diez niños de ambos sexos eran sacrificados en las aras de uno de los dioses para que estuvieran propicios y concedieran el triunfo de los cholulanos.

No tardaron tampoco en llegar algunos zempoales, los cuales habían observado que en las calles de la ciudad se preparaban grupos como para fortificar las entradas de algunas de las calles, síntomas todos que anunciaban un próximo rompimiento.

A pesar de todo, no quería acabar de convencerse Hernan Cortés de que los de Cholula fueran capaces de cometer tan negra traición, después del ascendiente que habían cobrado los españoles a sus ojos, y cuando sabían que eran sus aliados, no solo los tlaxcaltecas, sino los zempoales.

Por lo que pudiera suceder, tomó sus precauciones.

CAPITULO XII.

A grandes males, grandes remedios.



ARINA, dijo Hernan Cortés a la joven india cuando estuvieron solos, con nada del mundo podría pagar las pruebas de cariño que me dispensas.

Sé que al amarte como te amo faltó a mis deberes; pero ¿por qué razón te he hallado en mi camino?

¿Por qué pareces la estrella que me guía al triunfo y a la gloria?

¡Que Dios me perdone el amor que te tengo!

—Ese amor es mi vida, dijo Marina; pero olvidemos ante el peligro las dichas que me ofrece.

—Es necesario que yo averigüe la verdad, dijo Hernan Cortés.

—Alabaha no me ha engañado.

—Quiero oírlo de sus labios.

—¿Qué intentas hacer?

—A prisionarla.

—Imposible; si se supiera en la ciudad que habíais llevado a cabo esa determinación, ó apresurarían el golpe los que están preparados, ó desistirían de él, y no tendríamos motivo para castigarlos.

—Es necesario que esa mujer se halle en mi poder dentro de breve tiempo.

—Oye un medio de realizar tu plan.

—Habla.

—Yo le diré que venga al anochecer, porque de lo contrario,

no me dejarás ir en su compañía. Le aseguraré de paso que no abrigas ningún recelo; vendrá, y entonces....

—Basta; tu proyecto me parece excelente.

Cuando empezaba á anoecer se presentó Alabahba en el cuartel general de los españoles.

Marina quiso verla.

La india preguntó por la jóven.

Acto continuo fué conducida á la presencia de Hernan Cortés.

—¿Y Marina? le preguntó Alabahba.

—Ha desaparecido, y me consta que tú tienes la culpa de ello.

—¿Yo?

—Sí; tú que eres una miserable, digna de todo el castigo que se impone á los traidores.

Alabahba quiso retroceder.

A una órden de Hernan Cortés varios soldados que estaban prevenidos se apoderaron de ella.

Inmediatamente la pusieron una mordaza.

Conducida de aquel modo á un calabozo, Aguilar, en nombre de Hernan Cortés la pidió que declarase la verdad de todo lo que sucedía, asegurándole que si no decía la verdad, permanecería siempre en aquella prision.

Ante el miedo declaró Alabahba.

No habia duda

Los cholulanos preparaban una sorpresa, que podia ser terrible para los españoles.

Era necesario tomar precauciones.

Alabahba quedó aprisionada.

Hernan Cortés envió dos zempoales con un destacamento de españoles para que llamasen al gran butio de Cholula, mandándole que inmediatamente se presentase á su vista.

Asimismo dispuso que todos los que habian tomado parte en el sacrificio de los diez niños fueran llevados al cuartel general.

Para no infundir sospechas, acudieron á su llamamiento los butios.

Estos ignoraban las relaciones que existian entre Marina y Alabahba

Creian, por lo tanto, que nadie conocia su secreto.

Hernan Cortés los separó, encerrándoles á cada uno en una habitacion.

Por medio de Aguilar, auxiliado por algunos soldados, fué diciendo á los butios lo que sabia acerca de sus planes.

Estos quedaron confusos.

¿Quién era aquel hombre que habia podido penetrar su misterioso secreto?

Ante las amenazas de Hernan Cortés el gran butio cayendo de hinojos:

—Todo eso es cierto, exclamó; pero no nos culpeis á nosotros, no culpeis á la ciudad de Cholula.

El verdadero culpable es Moctezuma; nosotros no hemos hecho más que obedecer sus órdenes.

De cualquier modo, contestó Hernan Cortés, quedais en mi poder, y ¡ay! de vosotros si empleais algun medio para decir dónde os hallais.

Acto continuo encargó á Pedro de Alvarado que vigilase de cerca á los embajadores de Moctezuma, para que no salieran del palacio ni se comunicasen con ningún cholulano.

Tomadas estas medidas, llamó á sus capitanes.

Les refirió lo que pasaba, y les demostró la necesidad de salir al encuentro de los conspiradores para darles un castigo ejemplar.

—De este modo salvaremos nuestras vidas y aumentaremos un nuevo triunfo á los muchos que hemos conseguido. Estad alerta todos, y á la primera señal mia, disponeos á ser ejecutores del castigo.

Arregladas así las cosas, llamó á los caciques que gobernaban la ciudad, y cuando estuvieron en su presencia:

—Voy á partir mañana, les dijo; necesito que me proporcioneis víveres, y que pongais á mis órdenes dos mil cholulanos como han hecho las ciudades de Zempoala y de Tlaxcala.

Esta última petición les agradó en extremo.

So pretexto de poner á sus órdenes los cholulanos, podían ingerir en sus fuerzas dos mil soldados de los de Moctezuma, y esto servía grandemente á sus planes.

Hernan Cortés les pedia aquella gente para dividir las fuerzas con que contaban, y asegurar mejor el triunfo.

Ofrecieronle, pues, acceder á sus deseos, y se retiraron para cumplir su mandato.

Hernan Cortés, que no perdía un solo instante, envió orden á los tlaxcaltecas para que estuviesen prevenidos, y para que al romper el alba se acercaran poco á poco á la población.

A los zempoales y á los españoles que estaban á su lado, les mandó pasar la noche en vela y perfectamente armados, para poder resistir cualquiera tentativa.

Aun no serían las ocho de la noche, cuando tomadas todas las precauciones, mandó cerrar las puertas de las tres casas que componían el recinto de su morada, distribuyó los centinelas y llamó á los embajadores de Moctezuma.

—Os he llamado, les dijo, porque he descubierto una infame traición que quieren atribuir á vuestro monarca; y como yo no doy crédito á semejante calumnia, deseo preveniros contra ella.

—¿Qué sucede? preguntaron los embajadores, aparentando ignorancia y sorpresa.

—Los de Cholula han concertado el modo de caer esta madrugada sobre nosotros para destruirnos.

—No puede ser, exclamó uno de los embajadores.

—Esa es una infame calumnia, añadió otro.

—Los cholulanos son leales á Moctezuma, añadió el tercero,

y nuestro emperador no puede consentir que se trate de ese modo á sus amigos, á sus aliados.

—En efecto, dijo Hernan Cortés; esa traición es inicua, y no es posible cometerla después de haber brindado la paz.

Sería un ultraje demasiado grande á mi rey, y entonces, olvidándome de lo que á todos debo, hasta del mismo Moctezuma, abandonaría esta morada, saldría á pelear con los enemigos, y los destruiría á sangre y fuego.

—Será sin duda una patraña.

—Tengo en mi poder á algunos butios, á Alabahba, y todos han confesado que es verdad cuanto os digo.

Esta declaración consternó á los embajadores.

—Pero al mismo tiempo, prosiguió Hernan Cortés, aseguran que al obrar de esta manera los cholulanos obedecen las órdenes del emperador. Yo no creo semejante indignidad en un príncipe tan poderoso.

Por esta razón, estoy resuelto á exigir una satisfacción á los de Cholula por la ofensa que nos han inferido.

Os lo advierto, sin embargo, para que comprendais las causas de mi determinación, y para que sepais que no me irrita tanto la traición de esos miserables, como la infame excusa que dan algunos de ellos, atribuyendo la culpa de todo lo que va á suceder á Moctezuma.

Los embajadores no supieron qué contestar.

—Nosotros mismos, dijo al fin uno de ellos, os ayudaremos á castigar á esos miserables si es cierto, aunque no podemos creerlo, que se atrevan á cometer semejante traición.

—Dadnos licencia para salir á convencernos por nuestros propios ojos de lo que pasa, añadió otro.

—No; yo basto para desbaratar los planes de esa gente. Vosotros presenciareis la catástrofe; pero no os separeis de mi lado.

Ante aquella orden no tuvieron más remedio que ceder.

A los primeros albores del día empezaron á presentarse en el cuartel general los soldados de Moctezuma, fingiéndose vasallos cholulanos, que enviaban los caciques á Hernan Cortés, accediendo á sus deseos.

CAPITULO XIII.

Cástigo de una traicion.



omo estaba preparado para resistir cualquier golpe de mano de los enemigos.

Hernan Cortés formó á sus soldados en el gran patio que unia á dos de las casas que le servian de albergue, y dispuso que los cholulanos que iban á ponerse á sus órdenes entrasen en aquel mismo patio.

Mientras éstos, amaestrados por sus jefes, penetraban en el cuartel general de los españoles y aguardaban la ocasion oportuna para lanzarse sobre ellos y obtener por sorpresa la victoria, los caciques, por distintos puntos de la poblacion, con los soldados mexicanos tomaron posiciones, y una gran parte de ellos fueron á situarse en los alrededores del cuartel general para auxiliar á sus camaradas en el momento de la lucha.

Cuando contaron los capitanes de Hernan Cortés dos mil hombres entre los que iban á ponerse á su servicio, dispuso el caudillo español que fuesen á avisar á los caciques.

Ninguno de ellos queria acudir á este llamamiento.

Solo al ver que podian malograrse sus planes, uno de ellos, de varonil presencia, de ánimo esforzado, á quien llamaban Caonibo, dijo:

—Yo iré en vuestro nombre, y si es preciso, yo daré la señal del combate.

Con la arrogancia del que está decidido á jugar el todo por el todo se presentó á Hernan Cortés.

No bien entró en el albergue de los españoles, mandó el caudillo que cerrasen las puertas.

Aguilar se encargó de hablar en nombre de Hernan Cortés.

—Acércate, dijo á Caonibo.

—¿Qué me quieres?

—Mi jefe me manda decirte que sabe la traicion que tú y los caciques de Cholula habeis tramado para sorprendernos.

Esta determinacion inmutó al indio.

Instintivamente dirigió una mirada á los cholulanos que estaban cerca de él, y unos y otros se comunicaron inmediatamente la impresion que habian recibido por medio de las miradas.

—Nos haces una ofensa, dijo Caonibo, si has podido suponer en nosotros deslealtad de cualquier género.

—Está probado, contestó Aguilar, que vuestro plan es asesinar á los españoles.

Algunos de vuestros cómplices, presos en los calabozos de esta casa, han declarado la verdad.

Es necesario, pues, que sufrais el castigo que mereceis, y mi señor Hernan Cortés te ha llamado para anunciarte que ese castigo va á caer sobre vosotros inmediatamente.

Hermanos míos, dijo de pronto Caonibo; no es posible vacilar ya.

Opongamos la fuerza á la fuerza.

—¡A ellos, y que nuestros dioses nos protejan!

Impulsados por la voz del cacique, todos los cholulanos, dieron un paso para romper la lid.

—Teneos, exclamó Hernan Cortés.

No quiero que digais que os he encerrado en mi cuartel general para poder castigaros más facilmente.

Id si quereis á incorporaros con vuestros amigos, con vuestros hermanos, y volved á combatirme en mayor número, por que no sois bastante para mis soldados.

Caonibo, fuera de sí por la ira:

—¡A ellos! gritó de nuevo.

Instantáneamente se lanzaron los cholulanos sobre los españoles.

Pero éstos, que se hallaban prevenidos, hicieron retroceder á sus adversarios en el mismo tiempo con una sola descarga de los arcabuces.

Aquellos disparos fueron la señal de alarma para todos los que obedecian á los planes de los conspiradores.

Horrible y sangriento fué el combate que allí tuvo lugar.

La mayor parte de los cholulanos perecieron.

Caonibo fué el primero que en franca lucha con Hernan Cortés cayó bajo las rodillas de su adversario.

—Mátame, mátame, dijo á un indio que pasó á su lado; prefiero la muerte á la deshonra.

Y el indio, disparando una flecha, le dejó sin vida.

No se salvaron más que los que pudieron esconderse, ó los que, convirtiendo en garrochas sus lanzas, pudieron, gracias á su agilidad, saltar la tapia que les separaba de la calle.

Casi al mismo tiempo se oyeron en los alrededores del cuartel general los gritos de los cholulanos y los mexicanos pidiendo venganza.

Un zempoal salió por orden de Hernan Cortés al cuartel de los tlaxcaltecas.

Empezaba la batalla, era necesario continuarla y acabarla lo más pronto posible.

Hernan Cortés mandó que se abrieran las puertas del recinto donde estaban encerrados los suyos.

Un numeroso destacamento de zempoales salió á despejar el terreno y á tapar las zanjias que habian hecho los cholulanos para que no pudieran avanzar por las calles los españoles.

Más de veinte mil hombres llegaron á la ciudad, y animados

por los caciques y los butios, fueron al encuentro de los españoles.

El grueso de ambos ejércitos se encontró en una inmensa plaza, formada por cuatro adoratorios.

Los cholulanos habian tomado posiciones en ellos.

Desde las azoteas, los atrios y las torres, disparaban envenenadas flechas á sus enemigos.

Lucharon cuerpo á cuerpo unos con otros, y la matanza fué espantosa.

Amedrentados muchos cholulanos, se refugiaron en los adoratorios.

Los mexicanos, más disciplinados y más aguerridos que los de Cholula, reemplazaron á éstos en el combate cuerpo á cuerpo.

Pero cuando con más empuje atacaban á los españoles, cargó sobre ellos por la retaguardia el ejército de Tlaxcala, que habia sido prevenido, y como existia un verdadero odio entre los indios de una y otra nacion, fué para los cholulanos aquel refuerzo un verdadero azote.

¡Con qué denuedo, con qué empuje, con qué saña caian los tlaxcaltecas sobre sus enemigos y los destrozaban, acorralándolos unas veces, fingiendo otras que huian para que tomasen carrera detrás de ellos sus adversarios, volviéndose de pronto á fin de que encontrasen en sus lanzas la muerte!

Al cabo de una hora no se veia en las calles ni un solo cholulano vivo.

Millares de cadáveres llenaban el pavimento.

Rios de sangre formaban un vapor fétido.

Hernan Cortés mandó que los intérpretes ofreciesen perdon á los que voluntariamente abandonasen los asilos en donde se habian guarecido, y se sometiesen á su dominacion.

Al ver lo inútil de sus esfuerzos, amenazó á los cholulanos con incendiar los asilos en donde estaban guarecidos.

Tampoco hicieron caso de estas terribles amenazas.

Después de apurar todos los medios de persuasion, como era necesario dar á aquellos enemigos un ejemplar castigo, mandó prender fuego á los adoratorios.

Usábanse, no solo en Cholula, sino en todas las ciudades de México, fuegos artificiales, con los que recreaban su vista y animaban sus instintos bélicos los indios del país.

Los volcanes producian el azufre necesario para ejecutar aquellos divertimientos.

El medio que tenian de incendiar el azufre consistia en una flecha encendida, muy semejante á los cohetes que se usan en la actualidad.

¡Asolador espectáculo ofrecia aquella ciudad, poco ántes tan espléndida y tan magnífica!

A pesar de esto, no se rindieron los cholulanos y los mexicanos.

Preferian la muerte á la esclavitud.

Los que no perecieron abandonaron la ciudad, y corrieron á refugiarse en las montañas más próximas.

Por la tarde la ciudad estaba completamente desierta.

No habia más que cadáveres.

Los españoles pusieron término al combate por falta de enemigo.

En aquella ocasion los tlaxcaltecas les sirvieron de mucho.

Entraron en todas las casas, pasaron á cuchillo á los habitantes que habia en ellas, se apoderaron de todos los objetos que no habian podido llevarse sus dueños, hicieron prisioneros á muchos, y penetrando en unos grandes almacenes donde depositaban los cholulanos la mayor parte de las provisiones que facilitaban á los de Tlaxcala, se apoderaron de gran cantidad de sal, y la llevaron á la ciudad.

Cuenta la historia que en aquel combate perecieron más de seis mil hombres entre cholulanos y mexicanos.

Algunos zempoales y tlaxcaltecas sufrieron igual suerte.

Los españoles, defendidos de las débiles armas de los indios por las armaduras y las viseras de los cascos, solo sufrieron algunas contusiones.

Al anochecer era Hernan Cortés dueño absoluto de la ciudad, y recogió á sus tropas en el alojamiento que hasta entónces habian ocupado.

Uno de los adoratorios fué destinado á hospedar á los tlaxcaltecas.

La noche se pasó en medio de la mayor tranquilidad, aun cuando no se olvidaron las precauciones necesarias para que los desesperados enemigos no pudieran intentar sorpresa alguna.

CAPITULO XIV.

Donde se ve que cuando la fortuna se empeña en proteger á un hombre, lo hace a las mil maravillas.



OR la mañana acordó Hernan Cortés con sus capitanes la resolucion que deberia tomar en aquellas circunstancias.

—Hemos alcanzado un nuevo triunfo, le dijo, y hemos logrado destruir una vez más las intrigas que la desesperacion inspira á Moctezuma. ¿Que creéis que debemos hacer?

—Seguir adelante, dijo Ordaz.

—Y no tener ninguna clase de consideraciones con los enemigos, añadió Pedro de Alvarado. Ya sabemos cuáles son sus intenciones. El que da primero da dos veces.

Mi opinion, por lo tanto, es que nos dejemos de contemplaciones, y que prosigamos la marcha sin dar cuartel á nadie.

—Mi opinion es contraria á la vuestra, dijo Hernan Cortés. El enemigo, aunque vencido, es formidable.

Acaso sin la ayuda de los zempoales y los tlaxcaltecas no hubiéramos podido destruir el plan fraguado por los de Cholula.

Aunque unos y otros aliados son hasta ahora leales, pueden abandonarnos y comprometernos.

Yo opino que despues de haber vencido á los cholulanos debemos brindarles la paz, y hacer ver al emperador Moctezuma que no hemos dado crédito á las acusaciones que le han dirigi-